



Alaitz Leceaga

LAS DOS
VIDAS
DE
MINA
ÍNDIGO



 Planeta

Alaitz Leceaga



Las dos vidas de Mina Índigo

LA HABITACIÓN DE LOS FANTASMAS

La Habitación de los Fantasmas está al final de un largo pasillo, en el palacete del número 19 del pasaje de Permanyer.

Es un pasaje tranquilo y adoquinado formado por casitas adosadas en el nuevo distrito del Ensanche. Dos grandes pilares de piedra, uno frente a otro en cada lado de la calle, cierran los extremos del elegante callejón con una pesada puerta de forja. Sobre cada una de las columnas de piedra, unas figuras infantiles marcan la entrada al pasaje y miran desde arriba a los incautos que se atreven a cruzar la puerta para detenerse frente a la primera casa de la calle. Ahí es donde vive la señorita Guillermina Índigo.

Todas las casas tienen el mismo bonito estilo inglés y la misma estructura: un semisótano con estrechas ventanas en el frente, una planta sobrealzada y un pequeño jardín delantero donde crecen árboles frutales, hortensias y rosales que florecen en verano, cubriendo de pétalos de colores brillantes los adoquines blancos del pasaje. Las casas en los extremos del callejón —como la de la señorita Índigo— tienen un piso más.

La fachada del palacete es de piedra de un elegante color gris pálido, muy ornamentada con frisos vistosos en el frente —lo que le da un aire de europea distinción— al igual que el resto de las casas. La de la señorita Índigo tiene amplias ventanas acabadas en arco y una pequeña escalera que conduce hasta la puerta principal. En su tejado de grandes tejas de pizarra natural —de estilo mansarda— hay enormes tragaluces para iluminar la última planta de la casa.

La famosa Habitación de los Fantasmas tiene forma redon-

deada —según cuentan algunos, para favorecer el contacto con los espíritus—, no hay columnas, ni elegantes espejos o cuadros colgando en sus paredes, nada; tan solo una gran chimenea de piedra blanca en el centro de una de las paredes, que nunca está encendida, y dos altos ventanales que llegan casi hasta el techo. Los cristales de las ventanas, adornados con exquisitas vidrieras de colores, siempre están cubiertos por pesadas cortinas de terciopelo que no dejan pasar la luz del sol.

Los únicos muebles en la misteriosa habitación son una mesita, también redonda y con la superficie de espejo, y tres sillas de madera colocadas a su alrededor. Eso es todo. En el techo, colgando sobre la mesa donde los asistentes a las sesiones de espiritismo se cogen de las manos formando un círculo, está la enorme araña con lágrimas de cristal a la que le faltan algunas cuentas. Según se rumorea en Barcelona, Mina Índigo había hecho traer esa lámpara desde una mansión de Nueva Orleans después de que su anterior propietaria —la más poderosa Reina Bruja de la ciudad— falleciera en extrañas circunstancias. Era de sobra conocido que algunos participantes habían salido huyendo en mitad de una sesión al ver la gran araña de cristal balanceándose peligrosamente sobre sus cabezas.

La Habitación de los Fantasmas; así es como la gente de Barcelona llamaba a esa habitación, porque todo el mundo en la ciudad sabía que Guillermina Índigo hablaba con fantasmas.

—Hay alguien fuera. En la puerta —dice Mina.

La ventana de la salita da al patio delantero del palacete. Desde allí, puede verse la entrada, con la escalera, y todo el enlosado en zigzag que se extiende hasta la verja de hierro.

—¿Una visita? No tienes ninguna cita para esta mañana —responde Zelda, acercándose a la ventana para mirar también.

Hay una mujer al otro lado de la verja mirando hacia la casa, casi como si esperara que alguien saliera a abrirla. La mujer lleva una chaqueta marrón de lana barata, demasiado fina para protegerse del frío, y las manos escondidas bajo unos bastos guantes de lana.

—¿La conoces? —pregunta Zelda sorprendida.

—Sí, es Abril Prieto, una de mis confidentes. Trabaja cuando puede como limpiadora en los almacenes El Siglo. No debería estar aquí, sabe que no pueden relacionarla conmigo; eso forma parte de nuestro acuerdo.

Guillermina se levanta de prisa del sofá tapizado. Sabe, de esa manera instintiva en que se percibe en las tripas cuándo algo malo va a pasar, que esa mujer está en su puerta para traerle malas noticias; o la promesa de malas noticias en el futuro. El galgo de color negro que estaba plácidamente dormido en la alfombra, a sus pies, levanta la cabeza con curiosidad cuando ve a Mina pasar a su lado. Ella se asegura de que su blusa blanca con volantes esté limpia y camina decidida hacia la puerta de entrada.

—Espera, no abras. —Zelda la ha seguido hasta el elegante vestíbulo y la mira con sus bonitos ojos muy abiertos—. Y si está aquí para hablar sobre..., ya sabes, sobre lo que pasó en Trinidad; puede que haya descubierto algo.

—No, imposible; y deja ya de preocuparte por eso, nadie aquí en Barcelona tiene ni idea de lo que sucedió en Cuba.

—Al menos una de nosotras debe preocuparse por eso, Guillermina —responde Zelda, con ese acento cubano que todavía se filtra en sus palabras cuando se pone nerviosa.

Pero Mina ignora su último comentario mientras llega al vestíbulo del palacete.

—Debe de ser algo muy importante para que Abril se haya arriesgado a venir a verme. Le pago bien para evitar que nos vean juntas en público, y que así nadie pueda relacionar nuestras sesiones con la información que ella me consigue. —La voz de Mina suena mucho más calmada de lo que está en realidad, pero ya se ha acostumbrado a fingir.

Se mira un instante en el espejo del recibidor y se ajusta mejor su pelo recogido en la nuca.

—¿Cómo estoy? —le pregunta a Zelda.

—Como una médium farsante.

Mina intenta sonreír para aliviar el ambiente del recibidor, que se ha vuelto pesado y oscuro al mencionar Trinidad, igual

que sucede justo antes de una tormenta. La campanilla del timbre resuena entre las paredes del palacete.

Cuando abre la puerta principal, el aire fresco de la mañana entra en el vestíbulo sin ser invitado. En pie, en el silencioso callejón adoquinado, al otro lado de la verja de hierro, Abril la mira sin ninguna sorpresa al verla aparecer. Mina baja la escalera de la entrada hasta el patio delantero, pasa junto al arbusto de lavanda que crece salvaje en un rincón y mira disimuladamente los azulejos levantados por las raíces de la planta.

—Has tardado. Pensé que iba a tener que tocar el timbre hasta hacer salir a todo el barrio —dice Abril a modo de saludo.

Mina le dedica una sonrisa cortante.

—¿Qué haces aquí? Sabes de sobra que no puedes acercarte a mi casa, no deben vernos nunca juntas. —Su voz es suave, pero solo porque no quiere alertar a sus vecinos. Mina sabe bien que no puede arriesgarse a que alguno se asome por la ventana y la vea hablando con Abril Prieto.

—Créeme, no he venido por gusto. Eres la última persona en el mundo a la que pediría ayuda, pero estoy desesperada. Por eso he venido a verte.

Abril Prieto parece muy cansada, igual que si no hubiera dormido en días, pero, aun así, la mira desafiante desde el otro lado de la verja. No tiembla debajo de su chaqueta raída —Mina se fija en los extremos de las mangas deshilachados y remendados ya mil veces—, aunque nota como Abril se retuerce con fuerza las manos enguantadas.

—¿Y bien? ¿Qué vas a hacer, Guillermina? ¿Vas a dejarme entrar en tu elegante casa? ¿O prefieres que discutamos nuestros asuntos privados aquí fuera? A mí me da igual.

De mala gana, Mina abre la puerta del enrejado para dejarla pasar.

—Más vale que sea una cuestión de vida o muerte, Abril...

—Lo es. Mi hija ha desaparecido.

Es el día libre del señor Baxter —el mayordomo encargado del palacete—, así que la propia Mina le sirve una taza de café humeante a Abril antes de sentarse en el sofá.

La salita de visitas es la habitación donde Mina acostumbra a charlar con sus clientes antes de una sesión espiritista; supuestamente lo hace para tranquilizarlos y que nada pueda estropear la comunicación con el más allá, pero en realidad solo es otra manera de estudiarlos y conseguir algo más de información sobre ellos —cualquier pequeño detalle o pista puede convertirse en un gran acierto después, adornado, claro, con un poco de teatro y práctica por su parte— antes de hacerles pasar a la Habitación de los Fantasmas.

Es una estancia confortable, con sofás tapizados en una tela en *jacquard* dorada y verde importada de una famosa *boutique* en el mismo centro de París —a juego con las largas cortinas que protegen las ventanas de las posibles miradas de los curiosos—, mesas nido de madera de cerezo oscuro en el centro y una gran alfombra india de nudos de seda en colores suaves. También hay un precioso mueble bar de roble bien surtido, iluminación suave y ningún espejo. Todo ello está pensado para que sus clientes se sientan cómodos y confiados, de manera que le sea mucho más sencillo lograr que bajen la guardia y dejen escapar algún detalle personal o un pequeño secreto que Mina utilizará después en la sesión. Pero Abril Prieto no es una de sus clientas, y esa mañana el ambiente en la salita es muy distinto del que suele preceder a las sesiones espiritistas de la señorita Índigo.

—Cuéntamelo todo, desde el principio. ¿Dices que tu hija Camila ha desaparecido?

Abril no la mira y tarda un momento más en responder.

—Sí, hace días que no sé dónde está.

—Lo lamento mucho, de verdad. Ojalá pudiera ayudarte, pero yo no me dedico a ese tipo de asuntos —dice Mina—. Si no quieres acudir a la policía para que ellos se ocupen, lo mejor que puedes hacer es preguntar por el barrio. Quizá alguien la ha visto o sabe dónde puede estar.

—¿Te crees que no se me ha ocurrido preguntar a los veci-

nos antes de atravesar media ciudad y recurrir a ti? Camila ya se ha marchado otras veces, pero en esta ocasión es distinto.

Abril rodea la delicada taza de porcelana con flores pintadas a mano y el borde con filigrana de oro, y sus manos tiemblan. No se ha quitado sus guantes toscos de lana a pesar de que no hace frío dentro del palacete.

—¿Por qué en esta ocasión es distinto? —quiere saber Mina.

Abril por fin levanta los ojos del café y la mira.

—Porque esta vez le ha pasado algo malo: soy su madre y lo sé; puedo sentirlo en las tripas.

Guillermina hace una mueca, pero Abril la interrumpe.

—Igual que tú puedes hablar con espíritus, o lo que sea que hagas, una madre puede saber si le ha pasado algo a su hija. Tú no lo entenderías, claro, para eso tendría que importarte alguien más aparte de ti misma. —Abril hace una pausa para serenarse—. Si me ayudas a encontrarla te pagaré, Guillermina.

—No podrías pagarme...

—Pues entonces trabajaré gratis para ti, ya no tendrás que pagarme a cambio de los chismes y de los secretos —insiste ella—. Te lo daré gratis, todo lo que sé sobre las clientas de El Siglo: su talla de sostén, quién tiene que hacerse ampliar los vestidos porque está esperando un bebé, hasta te diré qué caballero distinguido paga la cuenta de algunas señoritas...

—Pero todo eso ya lo sé.

—Pues si eso no es suficiente vendré a limpiar a tu casa cada semana. Ese mayordomo estirado que tienes hace un buen trabajo, pero yo podría ocuparme de los cristales, las lámparas...

Mina nota la mirada confusa de Zelda, sentada en el sofá a su lado; ella tampoco esperaba que la conversación fuera por ese camino.

—Abril, es normal que estés inquieta, pero no soy la persona adecuada para ayudarte en este asunto —comienza a decir Mina con delicadeza—. No me dedico a buscar chicas desaparecidas.

—¡Claro que sí! Cuando la hija de los Melis se largó con ese que le hacía los recados a don Bernabé, tú la encontraste en ese pueblucho donde se habían escondido para que el párroco los casara. ¡Ya estaban en Francia, por Dios bendito! Y aun así te presentaste allí antes de que el escándalo fuera demasiado grande como para que afectara al honor de la familia. ¡Y funcionó! Porque ahora la muchacha en cuestión está bien casada con un militar de alto rango y como si nada. Usaste tus contactos y tus artimañas para encontrar a la hija de los Melis y detener esa boda —le recuerda Abril—. ¿Por qué no puedes encontrar a la mía? ¿O es que la vida de mi hija vale menos que la de esa chica?

Un año antes, la hija pequeña de los Melis había desaparecido dejando solo una nota de despedida para su hermana mayor. Casi cincuenta agentes buscaron a Irene Melis por toda la ciudad sin encontrar ningún rastro. La madre de Irene, desesperada y buena cliente de Mina, acudió a ella a espaldas de su marido con la esperanza de que los espíritus pudieran decirle dónde estaba su querida hija desaparecida. «Cualquier pista que pueda guiar a los agentes en su dirección. Te estaré agradecida siempre, Guillermina.»

Mina descubrió que uno de los aprendices que don Bernabé tenía a su cargo llevaba meses rondando a la joven Irene. Fue una de las ayudantes de modista de la señora Melis quien se lo contó. La muchacha también le dijo —a cambio de un sobre con dinero— que Irene Melis había ido a ver a su jefa un par de semanas antes para hacerse un vestido de viaje y una chaquetilla a juego con la que protegerse del frío del norte de Francia en otoño, ya que estaba a punto de hacer un viaje en tren. También le encargó un juego completo de camisas de algodón, de la mejor calidad, para hombre, que cargó a la cuenta que la familia tenía en la tienda. Así es como Mina la encontró y detuvo la boda de Irene con el aprendiz. Su madre, muy agradecida por ahorrarle esa vergüenza a la familia y un matrimonio ruinoso a su hija, le pagó tres veces sus honorarios habituales, y además la recomendó a todo su círculo de amistades.

—Aquello fue diferente. Tú misma acabas de decir que Camila ya ha desaparecido otras veces —responde ella—. Seguramente se habrá marchado y regresará pronto a casa; a esa edad las muchachas necesitan un poco de independencia. Tienen sus propios secretos: amoríos, amigas y ese tipo de cosas...

Pero Abril niega con la cabeza.

—No. Mi Camila no es así. Le gusta pasear sin rumbo y pasa mucho tiempo sola, pero ella no tiene amigas, no le interesan los hombres ni tampoco los asuntos políticos, nada que pueda meterla en problemas. Camila siempre ha sido una buena niña, obediente y trabajadora.

—¿Cómo estaba la última vez que la viste? ¿Le preocupaba algo?

—Estaba bien. Salió por la mañana para buscar trabajo en los grandes almacenes, en El Siglo. Oí que iban cortos de personal: con todo lo de la Exposición Universal tienen muchas nuevas clientas, y más que van a tener cuando se inaugure, así que están contratando chicas jóvenes para atender las cajas y el departamento de moda de señoras.

La Exposición Universal es el gran acontecimiento del año. O tal vez, de la década. Todo el mundo en Barcelona se prepara para el evento y esperan ansiosos la gran inauguración, que se celebrará esa misma primavera: el 8 de abril. Además de todo lo expuesto en los pabellones —que todavía se están construyendo a contrarreloj en el parque de la Ciudadela—, donde países invitados de todo el mundo mostrarán sus maravillas y avances, por toda la ciudad van a celebrarse numerosos actos, fiestas, representaciones teatrales, óperas en las que actuarán algunas de las sopranos más famosas del momento, desfiles, congresos de ciencias modernas, carreras de caballos, procesiones... Barcelona al completo está volcada en lograr que la Exposición Universal sea un éxito sin precedentes, que impulsará a la ciudad para terminar de convertirla en una moderna urbe europea, a la altura de otras grandes ciudades, como Londres, París o Viena.

Pero a Abril Prieto ahora mismo no le importa nada la próxima celebración de la Exposición Universal. Hace una pausa y su frente se arruga antes de añadir:

—Yo la animé a ir, a Camila. Pensé que, como trabajo allí fregando algunas noches, mi hija tendría más posibilidades de que la contrataran.

Abril se siente culpable por haberla convencido para ir a pedir trabajo. Mina suspira y se mueve incómoda en el elegante sofá; ella sabe bien que la culpa puede ser el fantasma más insistente de todos, y también el que causa mayor tormento.

—No puedo ayudarte. Lo lamento.

Y, sin darle tiempo de responder, Mina se levanta; el crepé de su falda cruje llenando el silencio tenso de la salita de visitas.

—Me lo debes, Guillermina. Por todo.

—Yo no te debo nada.

Abril se levanta para poder mirarla directamente a los ojos; su vestido no cruje al moverse, es barato y está desgastado por el tiempo y el uso, pero eso no impide que dé un paso hacia ella, decidida.

—Me lo debes todo: esta bonita casa, los muebles caros, esa ropa elegante que llevas y que te hace parecer una mujer respetable. Todo... Esta vida falsa que te has construido me la debes a mí. A mí, y al resto de los desgraciados que te vendemos los secretos de nuestros amos por un par de reales. Nos necesitas tanto como necesitas a esos ricos imbéciles a los que estafas. —Abril tiene razón, pero la expresión de Mina no cambia; es buena ocultando el miedo—. Si no me ayudas a buscar a mi hija, lo contaré todo y convenceré a los demás para que lo cuenten también. Toda tu red de soplones desaparecerá; no más chismes ni confidencias. Estarás acabada.

Ahora sí, la expresión indescifrable de Mina tiembla ligeramente.

—Nunca los convencerás, esa pobre gente necesita los reales que yo les doy para poder vivir.

—Te equivocas otra vez, porque mi Camila es uno de los suyos, nacida y criada en las mismas calles inmundas que ellos y que sus hijos. Y ahí fuera el mundo está cambiando muy deprisa, ¿o es que no te has dado cuenta, encerrada en tu bonito palacete?

Mina no dice nada, pero siente la mirada urgente de Zelda clavada en ella; la conoce bien y sabe que ahora va a intentarlo a su manera.

—¿Dice que su hija fue a los grandes almacenes a buscar trabajo? —pregunta Zelda con suavidad—. ¿Cuándo fue eso? ¿Hace dos días?

—Anteayer, a primera hora de la mañana. —Abril responde de prisa.

—¿Y nadie la ha visto desde entonces? ¿Ningún vecino ni conocido?

—No, nada. He preguntado por todo el Raval antes de cruzar la ciudad para venir aquí. —Abril baja la cabeza y se mira las manos dentro de los guantes de lana—. Yo estoy enferma y no siempre puedo trabajar; tengo dolores terribles por todo el cuerpo y principalmente en las manos, hay días en los que ni siquiera me veo capaz de salir de la cama a causa del dolor. Por eso Camila buscaba trabajo: necesito medicinas que no podemos pagar, pero sobre todo necesitamos comer. Mi hijo mayor ayuda con su jornal, claro, pero somos tres bocas que alimentar y él solo no puede ocuparse de todo. Necesitábamos que Camila empezara a trabajar.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que le ocurre? Ha dicho que siente mucho dolor en las manos... —pregunta Zelda, señalándolas con un gesto de su cabeza—. ¿Qué enfermedad padece?

—Artritis séptica. No tiene cura. Siento dolor en todas las articulaciones cada vez que me muevo —responde Abril secamente—. Por eso no puedo trabajar algunas veces; es como sentir que los huesos se rompen y que las astillas te perforan la piel desde dentro, todo el tiempo.

—Lo lamento. Es verdad que no tiene cura, pero puede que tenga algo para ayudarla con el dolor.

—No, yo no puedo pagarlo —se apresura a decir Abril.

—Es gratis.

Abril la mira con desconfianza.

—Nada es gratis en este mundo.

Zelda le dedica una sonrisa diminuta.

—Tiene razón. A cambio de la medicina para el dolor, me gustaría que mañana a medio día acompañara a Mina a la jefatura de policía; como un favor hacia mí —empieza a decir—. Mina conoce a muchos agentes, buenos policías, y tiene amigos allí que aún le deben favores a su esposo, el antiguo patólogo. Hábleles de Camila y de lo buena chica que es, cuénteles lo mismo que nos ha dicho a nosotras; ellos podrán ayudarla a encontrarla.

Por un momento casi parece que la amabilidad y la calma de Zelda tienen efecto en Abril Prieto. Casi.

—¿Esa es tu solución?, ¿la policía? —Abril se ríe con amargura—. La mayoría de los policías son idiotas o corruptos. O ambas cosas. Y la orden desde el ayuntamiento es limpiar las calles de la ciudad de chusma antes de la maldita Exposición Universal para dar una buena imagen. Están muy ocupados como para ponerse a buscar a mi hija; no les importa lo que nos pase: somos pobres, escoria. Para ellos somos invisibles.

Mina conoce a varios agentes de la policía metropolitana, tiene a algunos de ellos en nómina y trata con otros cuando necesita alguna información jugosa acerca de sus clientes.

—Bueno, tampoco es que pierda nada por intentarlo, ¿no? —insiste Zelda, pero ahora su tono ya ha perdido parte de esa afabilidad con la que acostumbra a tratar a los demás. Es un acto reflejo después de todo este tiempo haciendo de cebo en las estafas de Mina: nadie sospecha nunca de las personas amables—. Acompañe mañana a la señorita Índigo a la jefatura de policía, a ella la escucharán. Y después, si aún no está convencida, puede delatarnos igualmente. No pierde nada.

Mina le lanza una mirada cargada de intención, pero Zelda la ignora; sabe que Abril está a punto de aceptar su oferta.

—De acuerdo. Iré contigo a ver a esos detectives, pero no prometo nada: si veo que no les interesa lo que dices empezaré a contarle la verdad sobre ti a toda la ciudad —amenaza, y las dos mujeres la creen—. Y, ahora, ¿qué hay de esa medicina de la que me ha hablado?

Zelda sonrío al escucharla, y ya no es una sonrisa dócil ni afable.

—Claro, iré a buscarla —responde, antes de salir de la habitación y perderse por el pasillo.

—Tu amiga es buena actriz, casi tanto como tú. Por un momento me he creído que le importábamos algo —apunta Abril cuando las dos están solas.

—Y le importáis: Zelda tiene debilidad por las causas perdidas, siempre ha sido así —dice Mina, aunque en el fondo ella también tiene debilidad por las causas perdidas.

—Mi hija Camila..., ¿crees que está muerta?

Igual que hace con todos sus clientes y posibles clientes, Mina la observa buscando sus puntos débiles, sus secretos, las mentiras que está deseando creerse... Es buena estafadora, pero solo porque es muy observadora, capaz de intuir ese impulso oscuro que vive dentro de todos nosotros. Abril se mueve despacio y por sus gestos es evidente que siente un gran dolor físico, pero no hace amago de sentarse en el cómodo sofá que tiene a su espalda.

—Está muerta, ¿verdad? —insiste.

Mina abre la boca, pero antes de que pueda responder Zelda entra en la sala llevando un frasco de cristal en la mano. Dentro de la misteriosa botella, no más grande que una polvera, hay un líquido ambarino.

—Tenga. Una vez al día añada tres gotas de esto en el café, el té o en cualquier líquido que tome. No la curará, pero la ayudará con el dolor.

Los dedos hinchados y torpes de Abril hacen girar el frasco, examinando el líquido en su interior.

—¿Qué es? —pregunta.

—¿Acaso importa? Ninguna de las tres tenemos otra alternativa que confiar.

—No, supongo que no —acepta Abril, mientras se guarda la botella en el bolsillo de su falda.

—Estamos de acuerdo entonces. Mañana, a las doce, espérame a dos manzanas de aquí, en esa floristería donde solemos vernos cuando tienes algún chisme jugoso para venderme. Pasaré a buscarte e iremos juntas a ver al inspector jefe, él nos ayudará.

Abril asiente, camina despacio hasta la puerta principal y sale al patio delantero del palacete. Pueden verla desde la misma ventana desde la que espían a sus clientes antes de una sesión. Abril mira la lavanda que crece sin control junto al muro.

—¿Le has dado mi cocaína disuelta? —susurra Mina cuando están solas.

Zelda se encoge de hombros.

—Sí, no sabía qué más hacer. Al menos hemos ganado algo de tiempo. Ahora todo depende de ti. Convince al inspector Bocanegra para que busque a su hija o esa mujer será nuestra ruina, Guillermina. Tengo mucha práctica, reconozco las malas noticias cuando las veo entrar por la puerta. Y esa mujer son malas noticias.

Mina observa a Abril a través del cristal un momento más mientras ella se aleja por la elegante calle adoquinada. Abril ya no está a la vista, pero un extraño sentimiento de culpabilidad se ha quedado atascado en la garganta de Guillermina. Reconoce bien ese sentimiento.

—¿Crees que lo haría? ¿Contar la verdad sobre nosotras?

—Sí, lo creo, y no puedo culparla: está desesperada —responde Zelda muy segura—. Hará y dirá lo que haga falta para encontrar a su hija, así que tú haz lo que debas para convencer al inspector Bocanegra de que os ayude. Nos lo jugamos todo con este asunto, Guillermina.

—Genial —responde Mina con ironía—. Seguro que el inspector jefe estará encantado de ayudarme después de lo que pasó la última vez; además, Ramiro Bocanegra es un hombre tan razonable...

Laura Aranda es la modista de confianza de Guillermina. La señora Aranda es una de las jefas de costura que trabaja para doña Consuelo Beltrán en su exclusivo taller de las Ramblas, y es también una de sus más antiguas confidentes. Mina suele aprovechar sus visitas al salón de costura —donde le permiten probarse los últimos modelos en una discreta habitación bien protegida por cortinas gruesas— para charlar y, de

paso, enterarse de los últimos chismes acerca de las mujeres mejor vestidas de Barcelona. Chismes que después no duda en utilizar en sus famosas sesiones espiritistas. Pero esa mañana la jefa de modistas de doña Consuelo Beltrán está en el palacete para terminar de ajustarle a Guillermina el conjunto que llevará a la próxima cena en casa de los Ruiz-Escuder.

Mina aún está subida en el escabel revestido donde han hecho la última prueba para el traje. Se pasa las manos despacio sobre la tela de la falda, disfrutando un momento más del tacto del terciopelo grueso. Oye a Zelda despidiéndose de Laura en el vestíbulo, y un momento después la puerta principal se cierra.

—Te queda de maravilla. Desde luego, Laura Aranda tiene unas manos únicas —comenta Zelda, estudiando el delicado trabajo de la costurera—. Aunque aún no sé cómo has persuadido a Aranda para que haga una visita a domicilio, sobre todo ahora que pronto comenzará la temporada social de primavera y todas las mujeres y jovencitas de la alta sociedad buscan tener los mejores y más espectaculares vestidos en sus armarios para las fiestas y bailes que se aproximan en los próximos meses.

Zelda nunca asiste a ninguno de ellos; por supuesto, nadie la invita jamás —sería un verdadero escándalo invitar a una supuesta criada a las elegantes fiestas y eventos que tienen lugar por toda la ciudad cuando comienza la temporada social—, pero, aunque así fuera, Zelda Moreno tampoco asistiría.

—Oh, fue sencillo; simplemente le dije que la recomendaría a mis clientas en París el año próximo, cuando vaya allí para asistir a una importante conferencia espiritista europea a la que me ha invitado la esposa del ministro de Defensa francés —dice Mina, bajándose despacio del escabel.

—Tú no vas a ir a París el año que viene a dar ninguna conferencia, y desde luego no conoces al ministro de Defensa francés ni a su esposa.

—Sí, eso ya lo sé, pero Laura Aranda no.

Guillermina camina hasta la cocina del palacete, oyendo el crujido de la tela. Es un elegante traje de chaquetilla corta y

falda acampanada hasta el suelo, confeccionadas en grueso terciopelo verde esmeralda. El color intenso resalta la piel pálida y el pelo castaño de Mina, y le da un toque místico que ayuda a terminar de convencer a sus clientes de sus supuestos poderes sobrenaturales.

—Si no te lo quitas ahora terminarás por ensuciarte la chaquetilla con la salsa, y ni siquiera el señor Baxter será capaz de limpiar la mancha de tomate del terciopelo —dice Zelda, mientras enciende uno de sus cigarrillos.

Pero Mina se sienta en una de las sillas frente a la gran mesa de la cocina y retira la tapa que cubre la fuente de porcelana blanca que hay en el centro. Busca con la mirada una cuchara y la hunde directamente en el guiso. Come de la fuente —sin molestarse siquiera en servirse en un plato— lo que parece ser el delicioso guiso con patatas, salchichas italianas con especias y tomates asados que acostumbra a preparar el señor Baxter.

—¿Prefieres que beba? —le pregunta ella, saboreando las especias en su lengua.

Zelda no responde y le da una calada a su cigarrillo.

—Es por la visita de esta mañana de Abril. Me ha puesto nerviosa, todo ese asunto con su hija... no pinta bien: ni para su hija ni tampoco para nosotras. —Guillermina vuelve a hundir la cuchara en el guiso y después se la lleva a los labios—. Y admito que también confiaba en no tener que tratar con Ramiro Bocanegra al menos durante un tiempo, hasta que se le hubiera olvidado todo ese asunto con el hijo del secretario de Interior...

—Sí, desde luego lo del hijo del secretario de Interior y esa bailarina no fue uno de tus mejores momentos —replica Zelda con cierta ironía.

—Ya. ¿Cómo iba yo a imaginar que el hijo del secretario visitaba a esa bailarina por la insistencia de su padre, solo para que él le ayudara a ocultarle a su nueva y joven esposa que mantenía una relación con la bailarina en cuestión? —se defiende ella con una sonrisa—. ¿Qué clase de hombre engaña a su joven esposa, con la que a su vez engañaba a su anterior esposa recién fallecida, con una bailarina exótica todavía más

joven? Muy ambicioso por parte del secretario de Interior, desde luego. ¡Pensé que estaba ayudando a su hijo a escapar de una vida de pecado y lujuria!

—Ayudándote a ti, querrás decir.

—A nosotras —termina Mina, más seria ahora—. Y esto es diferente: no se trata del hijo descarriado de algún empresario rico ni de sacar disimuladamente del calabozo a una dama a la que han arrestado durante una redada en un fumadero de opio. No, esto podría ser peligroso para nosotras.

—Lo sé.

—Y, a pesar de eso, quieres que nos involucremos en todo esto.

A Zelda no le gusta fumar delante de los posibles clientes ni de los informantes, sabe que su papel es pasar lo más desapercibida posible: pocas personas se sienten con ánimo de contar sus secretos más profundos o de confesar sus pecados delante de ella: con su piel mestiza, sus rasgos antillanos o su pelo, muy rizado y corto. Sí, Zelda Moreno sabe de sobra que para no espantar a los clientes debe estar calladita y fingir que es solo una criada; pero la visita de Abril y la desaparición de su hija también han removido algo dentro de ella.

—Sí. Debes ayudar a Abril a encontrar a su hija, no importa lo que diga Ramiro o el resto de la policía. Aunque a ellos no les parezca importante, tú puedes ayudarla, tampoco sería la primera vez que ignoras por completo las órdenes de la policía —le recuerda Zelda.

Mina se olvida por un momento del guiso y mira a su mejor amiga.

—¿Crees que ayudar a Abril a buscar a su hija podría ayudarme a mí con lo que pasó? Nada de lo que haga compensará lo que sucedió en Cuba; lo que yo permití que sucediera. —El peso de la culpa cae sobre ella con fuerza.

—Lo que ocurrió en Trinidad no puede deshacerse, Guillermina. Es una carga con la que debemos vivir, ambas lo sabemos; pero también sé que, aunque el pasado no se puede alterar, sí es posible cambiar el futuro de esa pobre chica desaparecida.

Mina piensa en ello durante un momento, el pasado es una enorme roca que bloquea cualquier camino o salida, pero de repente se le ocurre que el futuro tal vez podría ser de otra manera.

—¿Quieres que ayudemos a una mujer que ha venido a nuestra casa a amenazarnos? Sé que sientes debilidad por los animalitos heridos y por las causas perdidas, pero Abril Prieto no es un gato o un gorrión con el ala rota que podamos recoger y meter en una caja. La conozco desde hace tiempo, Zelda, y sé que bajo esa apariencia indefensa hay una mujer peligrosa. Está desesperada, y hay pocas cosas más peligrosas en este mundo que una madre desesperada.

Los ojos de gata de Zelda la miran fijamente.

—Sé de sobra que tú ya has tomado la decisión de hacer algo por ella; a pesar del chantaje y de sus amenazas, vas a ayudar a Abril Prieto a encontrar a su hija, porque en el fondo tú también sientes debilidad por las causas perdidas, Guillermina.

Mina deja escapar un suspiro y vuelve a llevarse otra porción del delicioso guiso del señor Baxter a los labios, olvidando que todavía lleva puesto el elegante conjunto de terciopelo.

—Bien; ayudaremos a Abril.

Zelda sonrío de refilón y le da una calada lenta a su cigarrillo. El aire de la cocina del palacete huele al humo de su tabaco, al perfume de Guillermina, a las especias italianas del guiso y al pan que han tostado esta mañana para el desayuno. Mina todavía está pensando en cuál será su siguiente paso para intentar ayudar a Abril Prieto cuando una gota de salsa del estofado cae sobre su chaquetilla de terciopelo.

—Maldita sea... —masculla ella, mirando la mancha oscura en la solapa.

—Te lo dije —le recuerda Zelda.

—Le sumaré a Abril lo que cueste la limpieza de la chaquetilla.

—Te recuerdo, Guillermina, que vas a hacer esto gratis; mejor dicho: vamos a hacer esto gratis.

Mina pone los ojos en blanco, coge un trapo de cocina y frota la mancha en su solapa, solo para ver como esta se hace más grande.

—Sí, ya lo has dejado muy claro: lo haremos porque es lo correcto. —Frustrada, Mina deja caer el trapo sobre la mesa de la cocina—. Te comunico que a partir de este momento te hago responsable a ti de todo lo malo que suceda por ayudar a Abril.

Zelda intenta no sonreír al oír las palabras de su amiga, sabe de sobra que bromea, pero algo dentro de ella también siente que están a punto de recorrer juntas un camino oscuro y peligroso.

—¡Oh, Guillermina! Deja ya de disimular, las dos sabemos que estabas deseando involucrarte. Ya habías decidido ayudarlas antes de que yo abriera la boca, tan solo te he dado un pequeño empujoncito en la dirección correcta.

—Sí, un empujoncito en la dirección de las calles apestosas y sucias del Raval, gracias. Será un interesante cambio. Ya me estaba cansando de ser invitada cada semana a fiestas elegantes, asistir a bailes del brazo de apuestos caballeros o cenar en los lujosos pisos del Ensanche —replica Mina con sarcasmo—. Y de todas formas tú eres mi socia, de manera que, si nos hundimos por esto, nos hundiremos juntas; y todo gracias a tu maldito buen corazón...

Zelda la mira fijamente y por fin dice las palabras que lleva deseando pronunciar desde que Mina ha empezado a comer.

—Lo que estás comiendo es el guiso que el señor Baxter ha preparado para Archie.

Archie, el estilizado galgo negro que dormita en el suelo de la cocina, mueve las orejas al oír su nombre, pero no se despierta.

—¿Qué?

—Sí, el señor Baxter terminó de prepararlo antes de salir —comenta Zelda conteniendo una carcajada—. Sabes bien que el Comodoro Archibald Walton III es el ojito derecho del señor Baxter y que acostumbra a prepararle su guiso favorito; está convencido de que el cuerpo esbelto de Archie se debe más al hambre que a su constitución física. Te estás comiendo la comida del perro, Guillermina.

Las dos mujeres se ríen divertidas en la cocina, ambas sa-

ben bien que ese es uno de esos extraños momentos de felicidad y calma que preceden a la tormenta. Las dos han visto ya muchas. Guillermina mira la fuente con el guiso, vuelve a hundir la cuchara en él y después se la lleva a los labios. Ahora solo tiene que averiguar cómo va a encontrar a una chica a la que no ha visto nunca.